

1 La muerte

El viaje

Al recibir la noticia de su muerte –se dijo el inquiridor–, un miembro del partido político clandestino al que pertenecía le escribió a la comisión ejecutiva: «Dada la actividad del infortunado compañero Martín-Santos, no podemos dejar de pensar en la eventualidad de que el accidente haya podido ser provocado por la intervención de acciones ajenas, de enemigos nuestros». ¹ Pocos, sin embargo, creyeron en la fantástica hipótesis del atentado.

«El psiquiatra vasco Luis Martín-Santos», afirma, aún en 2006, el periodista Martín Prieto, «escribió su novela *Tiempo de silencio* en los años más oxidados del franquismo, antes de suicidarse con su automóvil afligido por la muerte de su esposa. *Tiempo de silencio* es un retrato al carbón del obtuso caldo de cerebro que se extendía entonces y no se salva de crueles descripciones ni Ortega y Gasset y sus conferencias de cretona para señoras aleladas. Si Martín-Santos hubiera dirigido el Partido Socialista, el clan vasco hubiera desplazado al sevillano, y González no hubiera existido.» ²

«¡Oye! Ese amigo tuyo, se suicidó, ¿verdad?» Durante años me lo han preguntado muchas veces –dijo el cineasta–. Era un rumor que estaba en el ambiente. «¡Que no, hombre, que no! Se dio un leñazo en coche con su padre y con un amigo.»

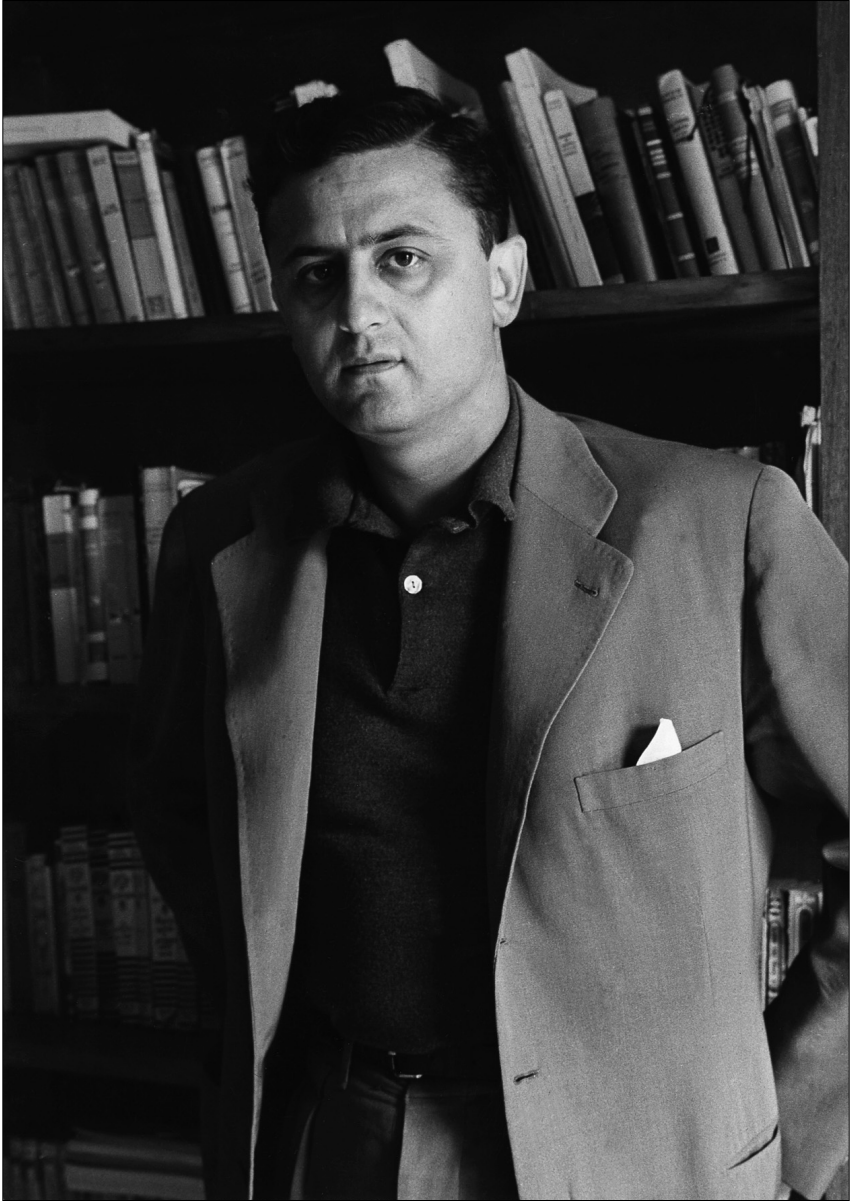
¿Quién se suicida con su padre y un amigo de la familia? Porque, ya puestos, mejor se mata conmigo y con Rafa, que eso sí que habría sido complicidad, un auténtico final lírico-existencialista, pero no con su padre. Rafa y yo habíamos quedado con él aquel día para ir juntos en coche a San Sebastián, nunca supimos por qué nos dejó plantados. ¡Joder! ¡Ni suicidio ni hostias! Desde entonces siempre lo he repetido. Pero me lo han preguntado muchas veces, a lo largo de los años. Ahora ya no.

Yo cenaba con Luis y con una cuadrilla todos los martes en Cañones, que era una sociedad de la Parte Vieja de San Sebastián –recordó el compañero de accidente–. Y un día, después del éxito que había tenido con *Tiempo de silencio*, comentó que quería publicar otro libro, una segunda novela, hablando de sus vivencias en la Universidad de Salamanca. Y como había un fin de semana largo, nos fuimos a visitar la ciudad. Yo podía esos días, otros de la cuadrilla no, así que yo le acompañé. Su padre no vino a Salamanca. Él estaba en Madrid, lo recogimos allí a la vuelta. Y fue volviendo los tres hacia Donostia cuando tuvimos el accidente.

Fue la última vez que lo vi, en el hospital en que trabajábamos –dijo el neurólogo–. Recuerdo la despedida:

–Javier, este fin de semana no estaré, me voy a ver las piedras doradas de Salamanca.

Y era cierto que iba a Salamanca, pero no a ver piedras doradas. ¿Sabes a lo que iba? A vender las tierras que le quedaban a su padre y emplear el dinero para construir viviendas en la finca donde tenían la clínica privada. En aquel momento él se apegaba a la vida. Tras la muerte de su mujer se había vuelto a enamorarse de una amiga de toda la vida, Pepa Rezola. Y se fue a Salamanca a buscar dinero para hacer un negocio inmobiliario. Pero la despedida era muy propia de él, no iba a decir «voy a vender unos terrenos» sino «voy a ver las piedras doradas de Salamanca».



Luis Martín-Santos en su biblioteca.

Hicimos el viaje de ida directamente desde San Sebastián –siguió diciendo el compañero de accidente–. Ya te conté que Luis quería recordar la vida estudiantil, la bohemia, esas cosas. Llegamos a Salamanca por la tarde, a las cinco o a las seis, anduvimos por el barrio viejo y nos instalamos en un hotel. [...] No, no recuerdo qué hotel. Pasamos en la ciudad parte de la mañana siguiente, antes de salir hacia Madrid. [...] ¿Vender tierras? No, claro que no, no recuerdo nada de eso. Te aseguro que no. Ni hubiese habido tiempo.

En el viaje de Salamanca a Madrid estaba triste. Se había quedado viudo diez meses antes. Recuerdo que me comentó que la situación política empezaba a abrirse un poco, que él estaba disfrutando del reconocimiento literario y que le hubiese gustado compartir eso con su mujer, Rocío. Sentía que empezaba a ser alguien y a poder manifestarse de forma menos clandestina, fuera de los cenáculos pequeños a los que había estado limitado antes. Me acuerdo de que comentamos eso. Y al llegar a Madrid, donde teníamos que recoger a su padre, yo me fui a cenar con una novieta que tenía entonces y él me dijo que había quedado con Antton Eceiza.

En el inicio de *El banquete* –recordó el inquiridor–, Platón relata que Apolodoro es interpelado por un amigo que le expresa su deseo de conocer los discursos sobre el amor que habían sido pronunciados por Agatón, Sócrates, Alcibíades y otros comensales. Apolodoro le advierte que ellos dos eran aún niños en la época del banquete, que han pasado muchos años desde entonces y que sólo conoce los discursos a través del recuerdo de un testigo presencial, Aristodemo. Y es entonces cuando, por boca de Apolodoro, Platón sintetiza el problema al que suele enfrentarse todo inquiridor de sucesos antiguos: «Cierto es que Aristodemo no se acordaba exactamente de todo lo que dijo cada uno, ni, a mi vez, yo tampoco recuerdo todo lo que éste me contó. Diré, empero, las cosas que me parecieron más dignas de recuerdo y el discurso de cada uno de los oradores que estimé más dignos de mención».³

«Pero ya el gran Maestro», escribió él en *Tiempo de silencio* [...], «dotado de una metafísica original, dotado de simpatías en el gran mundo, dotado de una gran cabeza, amante de la vida, retórico, inventor de un nuevo estilo de metáfora, catador de la historia, reverenciado en las universidades alemanas de provincia, oráculo, periodista, ensayista, hablista, el-que-lo-había-dicho-ya-antes-que-Heidegger, comenzó a hablar, haciéndolo poco más o menos de este modo:

»«Señoras (pausa), señores (pausa), esto (pausa), que yo tengo en mi mano (pausa) es una manzana (gran pausa). Ustedes (pausa) la están viendo (gran pausa). Pero (pausa) la ven (pausa) desde ahí, desde donde están ustedes (gran pausa). Yo (gran pausa) veo la misma manzana (pausa) pero desde aquí, desde donde estoy yo (pausa muy larga). La manzana que ven ustedes (pausa) es distinta (pausa), muy distinta (pausa) de la manzana que yo veo (pausa). Sin embargo (pausa), es la misma manzana (sensación)”.

»Apenas repuesto su público del efecto de la revelación, condescendiente, siguió hablando con pausa para suministrar la clave del enigma:

»«Lo que ocurre (pausa), es que ustedes y yo (gran pausa), la vemos con distinta perspectiva (tableau)”.»⁴

«En el 64 muere Luis», escribió Juan Benet, «en un accidente de carretera cerca de Vitoria, un lunes de vuelta de un fin de semana en Madrid. El sábado anterior habíamos salido a cenar mi mujer, los Caneja, Luis Solana y yo cuando en un disco rojo nos topamos con Luis y un amigo donostiarra –a quien yo no conocía– que venían a Madrid desde Salamanca; Luis había ido allí a respirar ambiente y recoger detalles sobre los lugares de su época de estudiante de medicina, que necesitaba para su próxima novela, *Tiempo de destrucción*, que aquella noche nos explicó de manera muy sumaria. Fuimos a cenar todos a la taberna de la calle del León, que entonces se frecuentaba mucho, y tras la cena pretendieron arrastrarnos a una noche de farra. Los madrileños rehusamos, y mi mujer invitó a Luis a comer al día siguiente, domingo, en compañía de mi madre. Pero Luis no compareció. Al martes siguiente me lla-

mó Caneja a la oficina –bastante temprano– para darme la noticia, que había salido en el periódico. Todo fue un soplo.»⁵

Sábado, 18 de enero de 1964 –dijo el cineasta–. Luis me llama por teléfono a Madrid y me dice que no quiere pasar la noche de la tamborrada en San Sebastián. Ya se había recuperado bastante en los meses que habían pasado desde la muerte de Rocío, pero ésa es una noche muy especial, un poco como la Nochebuena, en la que todo el mundo tiene la cena con la familia o con los amigos de la cuadrilla de siempre. Y me dijo:

–Si no te importa, me voy a Madrid, cenamos juntos y la tamborrada la pasamos ahí.

–De acuerdo –le respondí–. Por mí encantado de la vida. [...]

¿Cómo que venía de Salamanca? No lo sé, pero no creo. Aunque podría ser. A mí, por ejemplo, de que iba a volver a Donostia con su padre en el coche nunca me habló. Lo que me dijo fue que no quería pasar la noche allí porque el contexto se le hacía particularmente necrófilo. Si venía de Salamanca o no, la verdad es que no lo sé. Lo cierto es que quedamos la noche del 19. Y yo le dije:

–Si quieres, para no estar solos, no nos vaya a dar a los dos la triste pensando en Rocío, pues le digo a Rafa Ruiz Balerdi que nos vamos a cenar los tres.

Rafael era un gran pintor, de familia humilde, protegido de Chillida. Yo tenía con él una amistad entrañable. Era totalmente inculto, desde un punto de vista «convencional», pero asombrosamente culto desde unos parámetros difíciles de discernir, que eran los suyos, intransferibles y brillantes. Por ejemplo, de repente te decía que estaba basando su pintura en la obra de Jeremías. ¿Tú has leído el Libro de Jeremías? [...] Rafa creía que podía entender todos los idiomas por la forma, por el sonido. Y se le ocurrió traducir un libro de lógica matemática del francés. Empezaba: *Nous considérons*, y él traducía: «No consideramos». Luis se descojonaba con él, pero le tenía mucho cariño y mucho respeto.

Pues nos fuimos los tres a un restaurante argentino (Tranquolino, creo que se llamaba) en el que ponían unas chuletas muy grandes. Al terminar la cena, dijimos:



Primer plano de Luis Martín-Santos.

–¿Qué hacemos?

–Pues vamos a visitar a Terele y tomamos una copa en su casa.

[...] Terele Pávez, la actriz, hermana de Emma Penella, era la novia de Rafa. Era una chica muy, muy transgresora. Creo que estuvimos en su casa un par de horas. Y luego ya volvimos a salir los tres a seguir tomando copas.

Yo a Martín-Santos no lo conocía –respondió, por teléfono, Terele Pávez–, aquella noche fue la primera vez que lo vi. Y la única, claro. Por entonces yo estaba muy enamorada de Rafa Ruiz Balerdi. Estuvimos los tres juntos y no recuerdo quién más. [...] ¿Antton Eceiza? Tienes razón, estaba también Antton, no me acordaba.

Martín-Santos me pareció brillante, encantador, muy alegre. Me miraba y le decía a Rafa:

–Pero ¿de dónde has sacado a esta chica?

Me cayó muy bien y comentamos que nos veríamos en algún

viaje mío a San Sebastián. Estuvimos de charla en casa de Rafa casi toda la noche. Fue una conversación superficial, de copas, bromas y risas. Recuerdo que hablamos del retrato al óleo que Rafa le estaba pintando. Le despedimos en el coche cuando ya se iba a San Sebastián directamente. Pensé que quizás había estado haciendo tiempo para salir a la carretera. [...] ¿Cómo dices? No, lo que yo recuerdo no es que se fuese a tomar más copas con Rafa y con Antton, ni tampoco a su hotel. Recuerdo que cogió el coche poco antes del amanecer y que se iba directamente a San Sebastián.

A la mañana siguiente me llamó Rafa temprano y me dio la noticia del accidente. Después ya nunca me volvió a hablar del tema. Fue como si se hiciese un definitivo tiempo de silencio sobre aquel drama que yo no podía compartir.

«Revolver el pasado es un empeño idiota», escribió él en *Tiempo de destrucción*. «¿No es mejor dejar que los muertos se acostumbren a estar muertos? Restaurar el pasado, hacerlo otra vez presente, modificarlo. Ponerse a pensar intensamente en lo que pasó, revivirlo, unificarlo, darle un sentido. ¡Como si la realidad de las cosas que han pasado se agotara en su sentido! Muy al contrario, a la realidad la caracteriza su insoportable exceso. Hay un exceso de detalles, un exceso de verdades comprobables pero que transcurren inapercibidas, un exceso de equipaje para el pequeño hecho histórico que es el único que somos capaces de retener, de recordar y de modificar. El pasado tuvo a su paso una realidad total, una verdad total (con su acompañamiento pegadizo de detalles inesenciales), una inmodificabilidad. Pero el sedimento residual (que todavía puede ser captado) de esa masa sólida como una piedra, que se hunde incesantemente en el abismo del tiempo, no está ahora constituido sino por pálidos engramas en algunas mentes confusas. A partir de estas memorias que incesantemente se autodeforman, es como podrá ser intentado el prodigio de la resurrección. Estas mentes confusas no serán capaces de recordar claramente. Tampoco serán capaces de comunicar completamente lo que parcial y deformadamente recuerdan. Intentarán

dar una versión parcial de lo que casi han olvidado. Se dejarán llevar por la pauta de sus odios, de su pasión o de lo que equívocadamente juzguen su interés. Y de estas declaraciones torpes, de estas aberraciones afectivas iremos extrayendo una construcción fantasmal.»⁶

«La de Martín-Santos es una biografía “plana”», escribió un profesor de literatura, «sin apenas sucesos relevantes: estudios universitarios en Salamanca, doctorado en Madrid, ampliación de estudios en Alemania y trabajo en San Sebastián como psiquiatra hasta que le sobreviene la muerte.»⁷

Para la mayoría –enfaticó el oftalmólogo–, Luis es el autor de un libro de una gran polivalencia literaria y política. Pero su imagen humana parece haberse perdido detrás de la de sus personajes de ficción. Ahora es un autor enmascarado por un libro. Por eso me parece tan importante rescatarle a él, porque su recuerdo ha quedado sepultado por el éxito de un libro, *Tiempo de silencio*. O, mejor dicho, por el título de un libro. ¿Cómo es posible que una personalidad tan rica como la de Luis haya cedido toda su historia a un relato literario? Porque puedo decirte que su vida fue mucho más novelesca que esa célebre novela que la ocultó.

Un psiquiatra alcanza la celebridad –se dijo el inquiridor– con una obra de ficción escrita poco antes de morir a los 39 años. Con el paso del tiempo, críticos, profesores y doctorandos desmenuzan el libro. Los artículos llegan a contarse por centenares, las monografías y tesis por decenas. No queda nada en la novela sin diseccionar públicamente. En su momento, la historia es llevada al cine: los rostros de Imanol Arias y Victoria Abril extienden la celebridad de Pedro y de Dorita. Sobre la vida del escritor es poco lo que se publica y mucho lo que se comenta. Y cuarenta años después de aquella muerte literaria, el que había sido uno de sus amigos próximos, el oftalmólogo donostiarra José Luis

Munoa, afirma que la vida de aquella «personalidad tan rica» fue «incluso más novelesca que esa célebre novela que la ocultó». La realidad detrás de la ficción. La realidad por encima de la ficción.

Cuando María Teresa Castells te presentó a Javier Pradera en la librería Lagun –recordó el inquiridor–, le contó que tú estabas entrevistando a los amigos y conocidos de Martín-Santos. Él te miró desde su altura y dijo:

–Pues date prisa, que nos estamos muriendo todos.

El fuego quema los documentos. El tiempo deforma los recuerdos. La muerte silencia a los testigos. Y tú, pobre ingenuo pretencioso, intentando dar forma a los escombros, buscándoles sentido a las cenizas. «Revolver el pasado es un empeño idiota...»

Y al salir de casa de Terele –siguió diciendo el cineasta–, nos fuimos los tres a seguir tomando copas en un sitio que se llamaba Stones. Estaba en la calle Villalar, al lado de la embajada francesa. Fue uno de los primeros *night clubs* que se pusieron en Madrid. Y luego creo que estuvimos en el Pasapoga, o en algún otro local por el estilo, hasta las cinco de la mañana. A Luis le gustaba mucho ir a hablar con putas. Entiéndeme bien, no ir a putas (porque yo nunca he ido a putas con él, nunca). A hablar. Después de las primeras copas decía:

–¿Tenemos un dialoguillo con las chicas del movimiento pendular no deambulatorio?

Y allá nos íbamos a que nos contasen otra vez eso de: «Pues yo tenía un novio en Zamora que me hizo un niño... ¡Venga, hombre, tómate otro whisky!». Y nos tomamos un montón.

Las dos novelas publicadas de Martín-Santos –opinó el inquiridor– son una continua transposición literaria de vivencias íntimas, personas conocidas, experiencias biográficas y recuerdos propios. *Tiempo de silencio*, como se ha dicho muchas veces, es una

recreación novelística de situaciones, personajes y ambientes que conoció en sus años madrileños. La primera parte de *Tiempo de destrucción*, que poca gente ha leído, es una introspección psicoanalítica de sus recuerdos infantiles y juveniles: el ambiente de la aldea salmantina en que vivían sus abuelos paternos, los diferentes personajes de esa rama de la familia, sus conversaciones en el colegio de los marianistas con el «padre Julián» (que en realidad se llamaba Constantino Fernández), las charlas con compañeros de estudios en la universidad, la experiencia de las oposiciones (a judicatura en la novela, a cátedras de psiquiatría en la realidad)...

«Agustín, héroe consciente de sus determinaciones», escribió él en *Tiempo de destrucción*, «para el que la puesta en marcha de una decisión fue siempre precedida por el análisis teórico de los motivos en conflicto, tras haber vencido una larga serie de tabúes morales, sociológicos, psicológicos e higiénicos, decidió llegada la hora de poner término a su virginidad. [...] Habiendo llegado a hacerse cargo de la necesidad –para su propio desenvolvimiento– de la ruptura de la que podría ser denominada crisálida espiritual formada por los hilos de seda de los hábitos infantiles (entre los cuales el más infamante –la masturbación– sólo podría ser vencido consiguiendo una utilización más racional de los mismos aparatos), entró una noche cualquiera, a la hora adecuada, en cualquiera de las Salas de Fiesta de la Gran Vía en las que la deseada mercancía acostumbra a ser ofrecida.

»La pista redonda y dorada, las luces, los uniformados criados de elevada estatura, nada de esto pudo impresionarle puesto que ya había ido en otras ocasiones al cabaret, aunque sin usar de las funciones para cuya satisfacción ha sido creada esta notable institución social. [...] Tenía la lengua seca y al mirar hacia las mesitas repartidas en la sala, sentadas a las que las mujeres esperaban establecer contacto, no dejó de sorprenderle la firme convicción de que (aunque la interesada misma lo ignorara) una de ellas estaba destinada a concederle íntima comunidad aquella noche.»⁸

Es muy curioso –siguió opinando el inquiridor– que a pesar de los centenares de trabajos académicos que han analizado formalmente hasta la última coma de *Tiempo de silencio*, son muy pocos (y bastante flojos) los que han intentado explorar en serio el exuberante trasfondo biográfico de las dos novelas (o, mejor dicho, de la novela y media, dado el estado, muy incompleto, en que quedó el manuscrito de *Tiempo de destrucción*). Parece ser que entre los historiadores profesionales de la literatura no están bien vistas las interpretaciones de textos a la luz de la biografía o de la psicología de su autor. Sus razones tendrán –se dijo el inquiridor–, pero tú no eres un profesional de la historia de la literatura, eres más bien un profesional de la construcción de puentes entre diferentes profesiones. Y a ti sí te interesan las biografías narrativas en las que se intenta captar el mayor número posible de factores históricos, económicos, políticos, intelectuales, familiares, culturales, sociales, vivenciales, psicológicos, afectivos y azarosos que contribuyen a dar forma a una existencia humana y sentido a los textos que esa existencia engendra. A ti sí te interesa la relación entre la biografía de un escritor, su personalidad y el sentido de su escritura. Tú sí piensas que un conocimiento detallado del autor y de su vida puede enriquecer la lectura de las obras literarias. Y mucho más cuando esas obras, aunque se presenten bajo la forma de novelas, son profundamente autobiográficas, y en todos los sentidos –conscientes e inconscientes– del término «autobiográficas». Deja, por tanto, a los profesionales de la literatura que sigan con sus análisis formales de los textos y mientras tanto tú, avecilla libre, sigue adelante con tus faroles.

«En el intervalo de los diez últimos minutos antes de la hora de clausura, Agustín puso las cosas en su punto. “¿Quiere usted bailar?” “No bailo.” “¿Puedo sentarme con usted?” “Es ya muy tarde.” “¿Tú qué cobras?” “Yo, trescientas.” “Te doy doscientas cincuenta.” “No puedo menos de trescientas.” “Es que no tengo más que doscientas sesenta.” (...)

»“¿Cómo te llamas?” “Luis”, dijo Agustín.

»“Bueno, vamos por esta vez; pero no creas que cobro menos de trescientas.” Le miró, levemente perpleja. “Es que me has caído simpático”, mintió al fin descaradamente.

»Agustín le ayudó a ponerse la piel cubriendo como con un paño de altar el solemne escote de las perlas. Luego la tomó del brazo, igual que los señores gruesos, para ayudarla a subir por la escala triunfal.»⁹

Y a eso de las cinco o las cinco y media de la madrugada –siguió diciendo el cineasta–, en la Puerta del Sol, rozó con el coche contra el bordillo de la acera. Entonces nos cabreamos. Rafa y yo siempre nos hemos quedado con mal cuerpo, porque las últimas palabras que cruzamos con él fueron:

–¡Para ya! ¡Que son las cinco! ¿Y mañana vas a viajar? Y encima nos pegamos con la Dirección General de Seguridad. ¡Vámonos a dormir de una vez!

Y él:

–Pero ¿es que no queréis seguir? ¡Joder!

Y de repente se le ocurre una idea.

–Y ¿por qué no os venís conmigo mañana a Donosti? Nos vamos ahora a descansar un rato, nos duchamos y a las diez de la mañana salimos y cenamos en Donosti.

Y Rafa y yo, avecillas libres:

–Pues vale, nos recoges a las diez en el portal de mi casa y nos vamos a Donosti.

Luis no dijo en ningún momento que estaba con su padre y con Paco Ciriquíain. Yo pensé que nos íbamos a ir en el coche los tres.

El accidente

No sé a qué hora llegaría Luis al hotel –reconoció el compañero de accidente–, cuando yo me dormí él aún no estaba. Habrá llegado a las cinco, o a las seis. Tarde debió de ser, porque a la